

BUEN HUMOR



—Tengo un dolor que me hace ver las estrellas. ¿Qué será?
—Un telescopio.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CUESTA. París.

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMALIDA

Depositorio: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid



nuestros concursos



EL DEL MES DE OCTUBRE

Pues señor... Un alemán que había pasado algún tiempo en España y cuyo nombre era el de Otto Reuchtheimspringenhoven, natural de Düsseldorf, como el célebre vampiro, al volver a su país refería a sus amigos el viaje, y entre otras cosas, contó que en Madrid se había perdido una vez, y que en un sitio cuyo nombre no podía recordar le indicaron la manera de volver a la Puerta del Sol. Había entre los oyentes del Herr. Otto Reuch. etc. etc., un madrileño, y le dijo que él podía decir cuál era el sitio, con tal de saber lo que había

en él. El alemán sacó un lápiz, dibujó las figuras que van ahí abajo y se las presentó al español, el cual no hizo más que ver lo que representaban para adivinar el sitio en cuestión.

Ahora, lo notable del caso es que el nombre del sitio estaba formado por las iniciales de los nombres de los objetos; de manera que si alguno de nuestros lectores quiere conocerlo, no tiene más que ver lo que cada figura representa y combinar las iniciales, y en seguida podrá decir en dónde estaban las ocho cosas del grabado, y, por consiguiente, dónde indicaron las

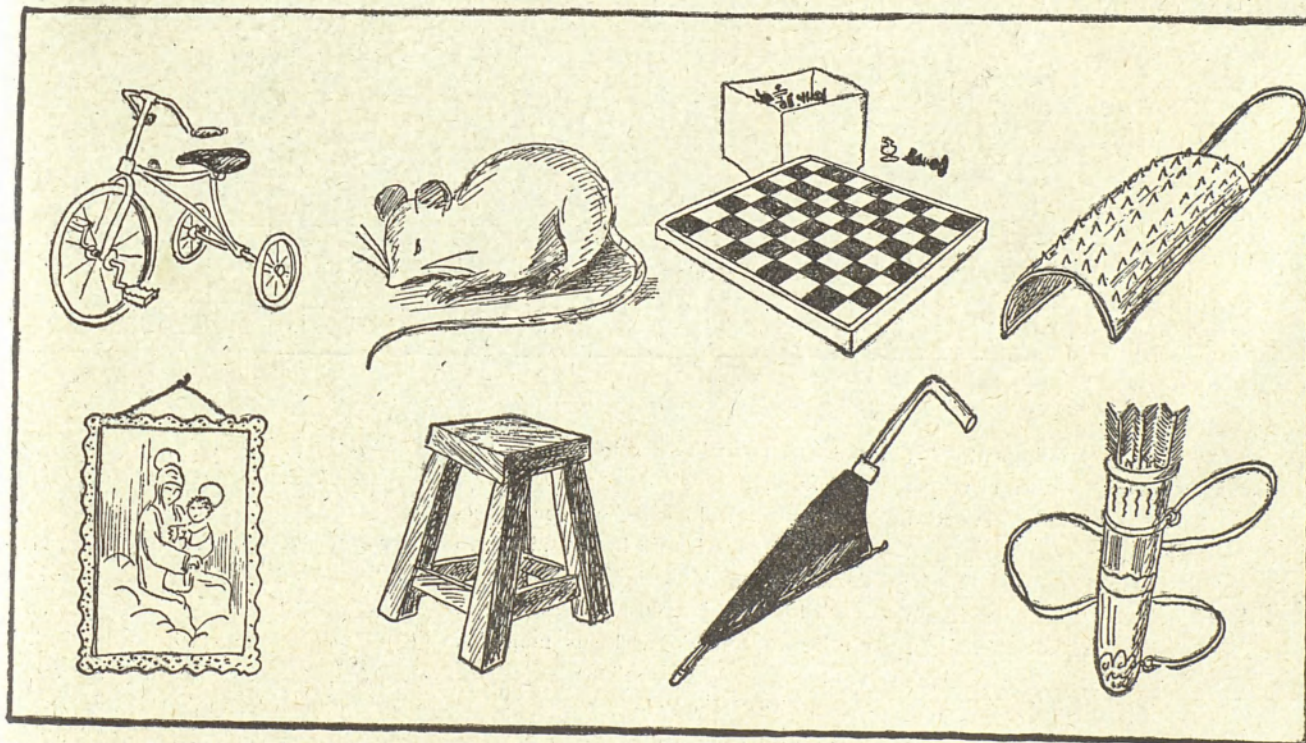
calles al compatriota de Hindenburg extraviado.

El premio, como de costumbre en ciudadanos tan espléndidos como nosotros, se compone de la venerable cantidad de

CIEN PESETAS

El plazo de admisión de soluciones termina el 31 de octubre a las doce y tres minutos.

¿Dónde estaban éstas cosas...?



Estaban en

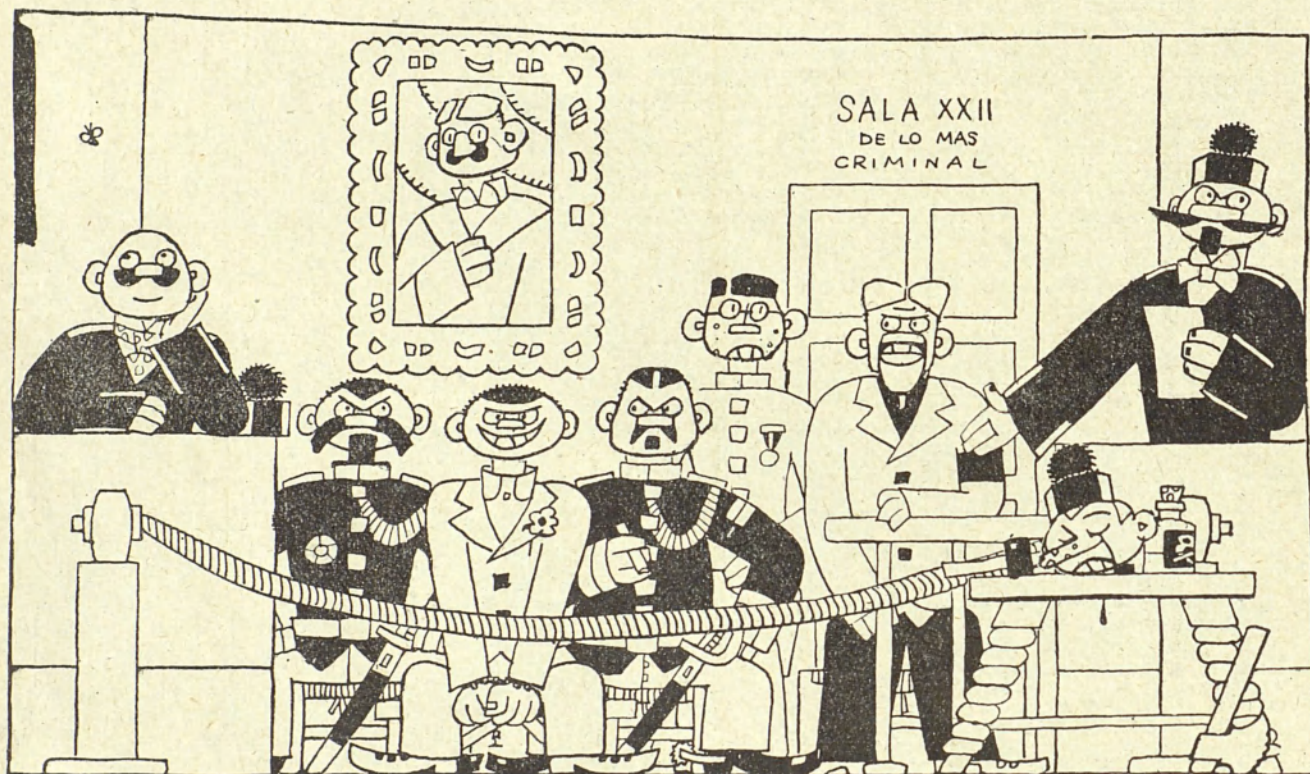
Nombre del solucionista

Población Domicilio

NUESTROS CONCURSOS

SOLUCION AL DE AGOSTO Y SEPTIEMBRE

¡¡Y VA EL PREMIO!!



Examinadas concienzudamente las soluciones recibidas para el concurso del juicio a puerta cerrada, la Sala 22 de lo más criminal ha dictado el siguiente veredicto:

Considerando, que aun cuando no se ha recibido ninguna solución exacta, estaría feo no *sacudirse las 100 pesetas de costas*.

Considerando que ochenta y seis jurisperitos han coincidido en suponer que el truco principal consistía en hacer figurar la cabeza del togado de faz cadavérica entre las piezas de convicción.

Y resultando que entre los que dieron con el truquito ha habido doce

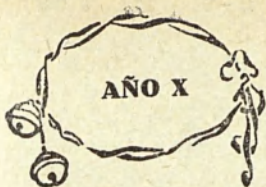
que han enviado su solución con una sola falta.

Hemos fallado que se debe proceder, con todas las de la ley, al sorteo de los cuatrocientos reales en litigio entre los mencionados señores que, si no hemos tomado mal sus nombres, son:

Señorita Sofía Polo.
Señorita Pilar Ramírez.
Señorita Carmen M. Martínez.
Señorita María Josefa Lillo.
Señorita Rosina Ferrer.
Señorita María Tortajada.
Señorita Zoé Godoy.
Don Pedro Escalera.
Don Enrique Riudaves.
Don Gustavo Broutá.

Don José Germán.
Don C. C. C.

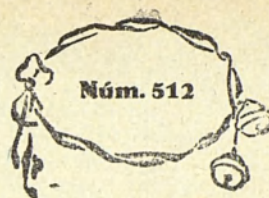
Verificado el sorteo con una seriedad de que hasta hoy no se tenía idea en esta casa, ha resultado agraciadísimo don Enrique Riudaves, de Tarragona, que el pobre va a tener que tomarse la molestia de pasar por nuestras oficinas cualquier día laborable, de cuatro a ocho, o dar el encargo a persona de su absoluta confianza, para que nuestro cajero le haga solemne entrega de las cien pesetas de marras, después de examinar su cédula personal y felicitarle si paga impuesto de soltería.



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 25 de octubre de 1931



ADELAIDA

Cada escritor tiene una Musa que le inspira, que le dice qué es lo que ha de escribir y hasta cómo ha de escribir. Esto constituye, indudablemente, una gran comodidad.

Pues bien; mi Musa se llama Adelaida.

Adelaida es alta, gruesa, morena y un poquitín bizca; bajo la nariz, graciosamente respingona, florece una suave pelusilla que la presta cierto aire marcial; tiene una mancha en el carrillo izquierdo, que ella denomina «antojo», y tres dientes de oro, que muestra continuamente.

Reconozco que es fea y que carece de atractivos, pero esto no me avergüenza; a los escritores no nos está permitido elegir la Musa, sino que se nos proporciona una cualquiera. Y a mí me ha correspondido en suerte Adelaida.

Hubiera preferido, lo confieso, una Musa pálida, de azules ojos, rubio cabello y manos de princesa... Pero he de conformarme con ésta, que, en cambio, es bondadosa, sencilla en el trato y muy amable. (Está aquí, a mi derecha, de pie, puestas las manos en las caderas y fijos los ojos en las palabras que escribo.)

—Gracias, Pepe—me dice.

—Es justicia Adelaida.

—Sí; pero hasta ahora no me habías elogiado.

—Es que no hallé ocasión propicia. Además, elogiar uno mismo a su Musa puede tomarse por inmodestia...

—Pues el anterior no opinaba así.

—¿El anterior? ¿Y quién era el anterior?

—Un poeta a cuyo servicio estuve. Me dedicaba muchas de sus composiciones.

Yo era su «Musa triste y melancólica», su «compañera en las noches de luna»...

—¿Y por qué le abandonaste?

—No le abandoné: se murió de hambre.

—¡Ah!

—Es el sexto que se me ha muerto de la misma forma. La naturaleza humana es demasiado endeble, y la de los poetas mucho más que la de los otros mortales. En cuanto están privados de alimento unos meses, mueren.

—Cierto—afirmé yo.

—Pero sigue escribiendo, haz el favor. Me interesa eso que decías de mí.

Tomo de nuevo la pluma.

«Mi Musa—escribo—tiene la belleza de una matrona romana.»

—¡Oh!—exclama Adelaida.

—¿Lo borro?

—No; déjalo. Como no hay nadie que me conozca...

Es verdad. Las Musas son invisibles para todo el mundo, menos para el escritor.

Continúo:

«... la belleza de una matrona romana. Es una Musa capaz de inspirar hermosas canciones épicas.»

Adelaida se aparta un poco de mí.

—Bien—dice—; ya me lo leerás cuando esté terminado. Por esta vez quiero dejarte solo, para que no tengas la menor influencia ajena a tu propio sentir.

Y sale de la habitación.

... ..
Sale de la habitación y yo escribo libremente, sin la inquietud de saberla al lado mío.

Es necia, ignorante, presumida. Pasa la vida estúpidamente, abstraída en Dios sabe qué insulsos pensamientos, y cuando la llamo, si es que acude, llega siempre con los ojos enrojecidos por el sueño y el cabello alborotado. Tarda mucho tiempo en volver a la realidad.

—¡Ah, bueno! Quieres hacer un cuento, ¿no es eso?

—Sí.

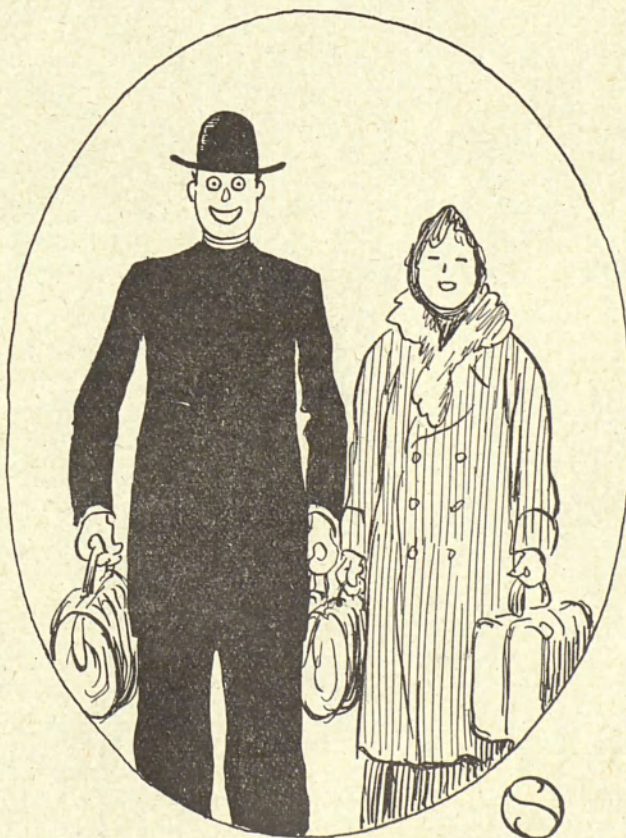
—Espera un instante.

—¡Adelaida, que es urgente!

—Pues no se me ocurre nada. Espera... ¡Ya está! Verás: un hombre encuentra a otro que va a suicidarse y...

—¡Por Dios, Adelaida, que eso ya lo he escrito.

—Tienes razón. ¡Esta memoria mía...! Vamos a ver.



Dib. SILENO. Madrid.

Y cierra los ojos.

—¡No vuelvas a dormirte!

—No; si no duermo; es que estoy pensando. ¿Te gustaría uno de ladrones?

—No.

—¿Y de fantasmas?

—Tampoco.

—Entonces, hijo... ¡Ah!

Abre los ojos y sonríe.

—Un cuento de la guerra europea —me dice—. Es un matrimonio que tiene que hospedar durante unos días a un soldado, y como los tres están muertos de hambre...

—¡Pero si eso ya lo ha escrito todo el mundo.

—Es probable. Sí; ahora recuerdo... Por lo visto—reconoce—hoy no se me ocurre nada.

—Ni hoy ni nunca.

—Es que no es mi género. Si te dedicases, como te he aconsejado ininidad de veces, a escribir recetas culinarias... En eso estoy fuerte y podría ayudarte mejor. Pero cuentos humorísticos... Además de que eso no es serio.

—Ni falta que le hace. No he pretendido nunca ser un escritor serio.

—Allá tú.

—Bueno, ¿me das el argumento que necesito?

—No; pero si quieres, te doy un beso.

Cuando Adelaida me ofrece un beso, yo tiemblo, balbuceo cualquier excusa y procuro escapar, sea como sea.

... ..

Se fué aproximando en silencio, y, de improviso, sin que pudiera evitarlo, me arrebató las cuartillas y las devoró con la vista.

—¡Está bien!—dijo cuando hubo concluido—. Supongo que no pretenderás que permanezca un momento más a tu lado después de saber el concepto que tienes formado de mí.

—Adelaida...

—¡Basta! No hay disculpa posible. Me marcharé ahora mismo y para siempre. Así no tendrás que temer a mis besos.

—Permíteme que te explique. Todo era una broma...

—Aunque así fuera, resulta de tan mal gusto, que no estoy dispuesta a tolerarla.

—Perdóname.

—¡No!

Me dí cuenta de que resultaría inútil cuanto hiciera por intentar disuadirla de su propósito.

—¿Cuándo piensas marcharte?

No me respondió; sin dirigirme una mirada, cruzó la estancia y salió de ella. Acto segundo escuché el golpe de la puerta del piso al cerrarse con energía.

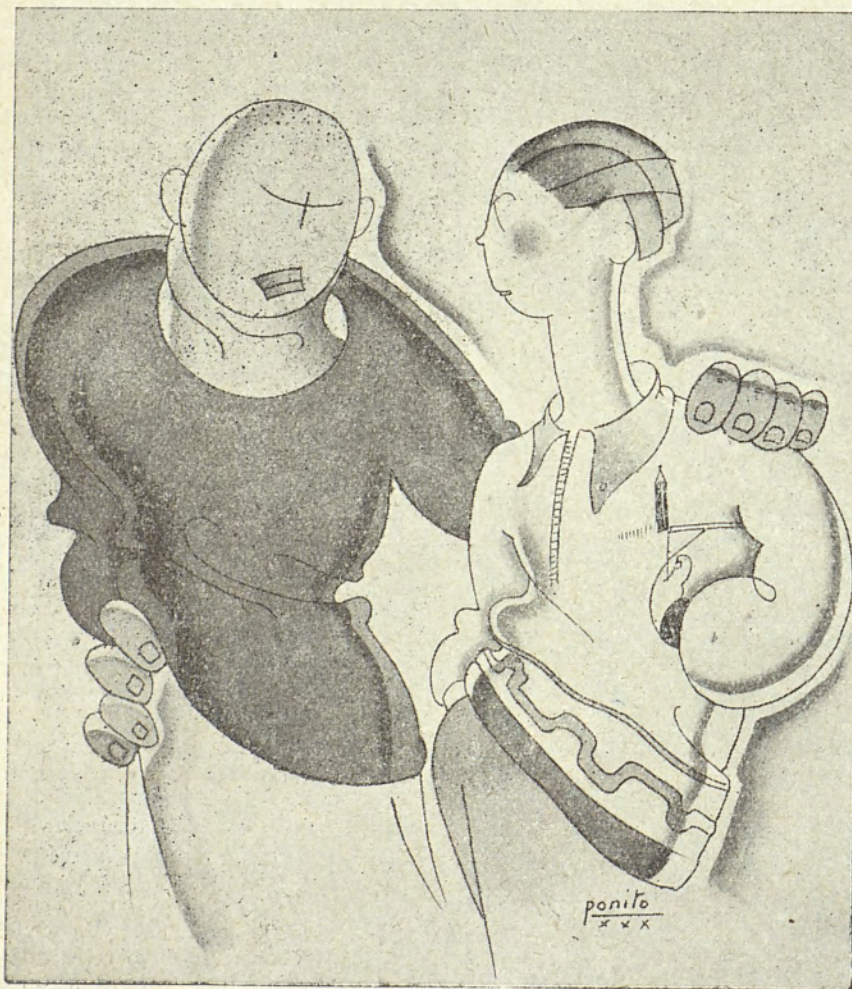
Me asomé al balcón.

La ví cruzar la calle con sus andares pesados y torpes, marchar por la acera de enfrente... Junto a ella pasó un joven delgado, alto, vestido de negro y cubierta la cabeza con un sombrero de amplísima ala. Adelaida le miró sonriente y él la dijo algo indudablemente agradable. Entonces él se quitó una flor blanca que llevaba en el ojal de la americana y se la ofreció en tanto que se destocaba para lucir una melena magnífica. Luego de aceptar la flor, caminaron juntos, unidos, bajo la luna.

No la he vuelto a ver.

¡Desde entonces, señor, soy un escritor sin Musa, un escritor que no puede escribir!

JOSÉ SANTUGINI.



CAMBIO

—... y para que luzcamos nuestras habilidades, tú me haces una caricatura, y yo, como boxeador, te dejo k. o.

Dib. PONITO. Jerez.

¡SEÑORES, HAY QUE ONDULARSE!

¿Por qué no habremos nosotros —tan atentos; atentos a cualquier palpitación de la cultura— de recoger en estas páginas la moda masculina?

El hombre está adquiriendo una importancia que no podemos llamar capital, porque la palabra «capital» viene de «cabeza» y no es precisamente la cabeza lo que está adquiriendo en el hombre la importancia de que hablamos, pero que sí podemos llamar «de cuerpo entero», porque el hombre está pasando a primer plano en cuanto a su continente, no en cuanto a su contenido.

Ya ustedes habrán podido ver por ahí, por las barberías, cómo se retocan y repulen unos Hércules que quieren ser Apolos. Antes eran los viejos verdes los que aspiraban, a fuerza de masajes y de ungüentos, a verse convertidos de viejos que eran en jóvenes, y de verdes que eran, en rosa. Ahora, no; ahora son mozancones, fornidos y pletóricos, en plena juventud y en plena fuerza, los que se someten y abandonan, durante más de hora y media, a las manipulaciones barberiles de una especie de embalsamamiento. Trazos con toda la barba, no sólo se quitan toda, sino que luego, después... ¡es para verlo!...

Primero les dan una crema; una especie de «chantilly» condensado; flor de nieve; merengue macerado; quintaesencia guatada de azucena; plumón de cisne en rama a la gamuza; nácar al polen de Venus; bálsamo de terciopelo tratado al nácar-pomada... Se trata de un pringue blanco que van untando al paciente por la cara, frota que te frotarás; los dos dedos del barbero resoba, con la misma insistencia reiterada con que un «límpia» escrupuloso da crema, y crema, y crema, a los zapatos. El barbero hace lo mismo; pero con más lentitud...

Una vez terminado el sobeo, se arma el peluquero de una ampolla de cristal con su mango correspondiente, mango que tiene, a su vez, comuni-

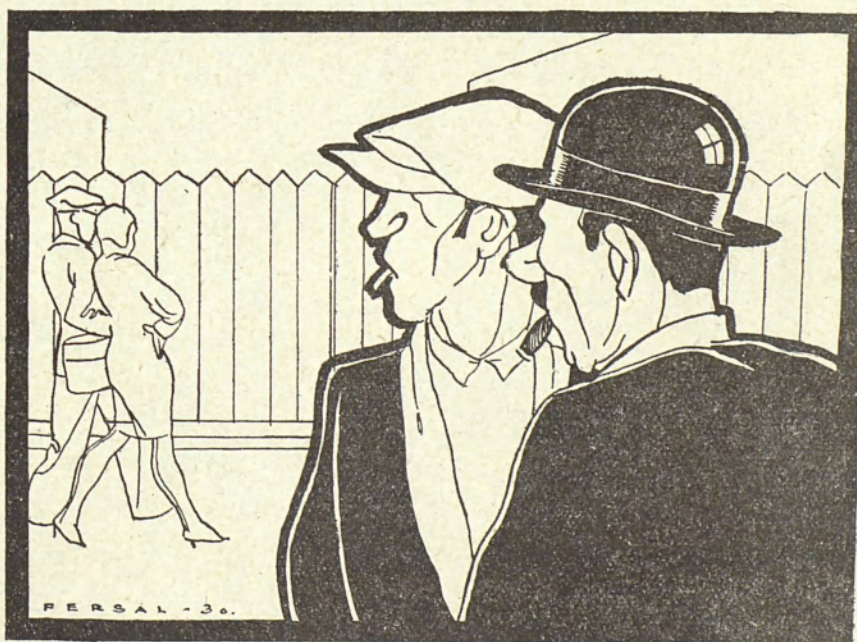
cación con un alambre flexible; enchufa el tal a la corriente eléctrica, y, con la ampolla, que se llena en el acto de un fulgor entre azulenco y violáceo, va tocando la epidermis del paciente... A cada toque se produce un chispacito color plata y suena un chasquidito, como si estallara un globito chiquitín... La peluquería se llena en un momento de un chisporroteo especial, como ese de las pelotas de mixtos que hacen rodar los chicos por la acera... más bien como si el barbero fuere con aquella ampolla estallando pulguitas y pulguitas por el rostro del sometido. Después, con otra bola de cristal, acaba la operación frotando y más frotando, a todo tren, como la planchadora en la pechera con la plancha abombada del

brillo... Entonces ya la carne del paciente chirría toda ella y corusca, lo mismo que un «roastbeef» puesto a la placa...

Así los «mozos cruos» van dejando de ser cruos para convertirse en asados.

Nada de extraño, pues, que ahora, en la Exposición del Peinado y de la Peluquería que se ha celebrado en París, hayan dado unas cuantas noticias acerca de la moda en este ramo y se refieran a los hijos de Adán y no a las hijas de Eva. Nada de extraño, tampoco, que nosotros recojamos la noticia como uno de los hechos capitales—¡este sí que es capital, aunque de cabeza por fuera!...

El hecho es, lectores, que este año van a ir de capa caída (cuidado, li



- Es el medio centro del *Sporting*.
- ¡Gana el dinero a patadas!
- Pues es un medio como otro cualquiera.

Dib. FERSAL, Madrid,

notipistas: no pongan «de caspa caída»! como estamos en el tema del pelo, a lo mejor...) que van a ir de capa caída este año todos los fijadores del cabello... El engomado va a quedar, según parece, reducido al papel de fumar, al cierre de los sobres y a las telas que no tienen consistencia y el tendero se empeña en que la tengan... mientras cobra.

En la Exposición de la Peluquería y de su hermana la Perfumería, no han sido ya ni aceptados los productos

adhesivos. Los «engominados», lector, pertenecen al pasado. El hombre elegante de hoy tendrá que llevar, señores, en los meses que tienen error de la temporada inminente, peinado de raya y pelo hueco; pelo que resulte abultado por efecto de una ondulación, de un rizado indestructible.

O sea, dicho en rotundo: que habrá que *permanentarse*...

El hombre está pasando al capítulo del arte decorativo. No decimos del arte aplicado, porque ignoramos, en

rigor, qué aplicación vaya el hombre a tener en esa nueva fase.

Antes presumía el hombre de ser lo que se decía un hombre «de pelo en pecho». A nadie se le ocurría, sin embargo, para demostrar que lo era, enseñar las pelambreras pectorales. Juzgaban que el pelo en el pecho no estaba tanto en el pecho ni el pelo como en los arranques y en el temple y en las obras; las obras que eran amores.

Hoy se está tomando el pelo, lo del pelo, ad *pedem litaere*, y el proletario deambula en camiseta, luciendo todas las lanas por las calles y plazuelas ciudadanas, y el niño bien hace igual en las playas, y alrededores.

Nada de extraño tiene, por lo tanto, que lo capital ahora sea lo capilar, y lo capilar y capital—el pelo de la cabeza—lo más importante de todo, habiéndose llegado a que, ahora, cuando se han celebrado en París dos exposiciones juntas: la del Automóvil, una; la de la Peluquería, otra, haya tenido ésta más importancia aún que la primera y que todos los pronósticos de moda verdaderamente serios se hayan referido a los hijos de Adán y no a las hijas de Eva.

No nos sorprende este paso. El pantalón de un pijama de señora y el chanchullo de un caballero no se diferencian ya ni en anchura, ni en hechuras... Los jerseys, allá se van, los de damas y galanes... Y la presunción, hoy por hoy, depende en unos y en otras de lo mismo: del físico... y de la química. Del tipo, de la línea, de los dientes, de la caída de ojos y... de haberse untado o no el aceite de coco indispensable para obtener el morenazo a lo Navarro o a lo quien sea, a esos hombres que actualmente—para más confusión con lo femenino—han pasado a ser «estrellas».

La moda está tomando por su cuenta el pelo a los varones. La moda tiene nombre de mujer, como Dalila.

¿Qué templos derribarán los Sanzones de rizado permanente!



—¡¡Qué vergüenza, Jorge!! ¿Qué van a decir en el Depósito cuando vean esas uñas?

Dib. CASERO. Madrid.

MANUEL ABRIL.

HISTORIA DEL PRIMER DIA

He querido hacer una interviú sensacional. Y he buscado al primer día del mundo. No sabía dónde vivía, pero «Hoy», su hijo, me ha llevado ante él.

Está aviejadísimo.

—Buenos días—le he dicho.

—Ya viejos—me ha respondido.

—¡Sí, claro!...

—¿Quería usted algo de mí?

—¿Eh?, ¿cómo?... ¡Exactamente, sí! Deseaba una interviú.

—¿Qué es eso?

—¿No lo sabe usted?

—No. Cuando yo nací aun no había hombres.

—¡Es cierto, es cierto! Pero..., de todos modos...

—Qué...

—Puede usted decirme algo. Contarme su vida, por ejemplo. ¿Eh? ¿Qué tal?

—Bueno.

Y el primer día me ha dicho...

—El grito del Creador resonó en la nada: «*Fiat lux!*»

Nací al terminar el eco del vacío, que me precedió como un grito de parturienta que me diera el ser.

Me miré y me encontré hermoso.

Con un gesto de vanidad me dispuse a vivir. Niño al fin, ignorante aún de mi propia vida, me puse a jugar a alargar mi sombra. Y así pasé la mañana. A las doce de mi reloj de sol, me sentí súbitamente serio, y viril, en un arranque de muchacho en el día de sus primeros pantalones largos, dejé de jugar. Y mi sombra se replegó a mis pies como una base, que hacía de mí un soldado de plomo.

Pero pronto se acabó mi formalidad. Volví a mis infantilidades. Me iba haciendo viejo. Y cuanto más envejecía, más jugaba a alargar mi sombra.

Mis ojos empezaron a nublarse. Apenas veía. Sentía que mi muerte se acercaba en el oscuro total.

Y entonces fué cuando vi venir hacia mí la siniestra belleza de la noche, y me enamoré de ella.

La cortejé y fuí correspondido.

Ahora comprendo que me quiso por el interés. Nos casamos en un efecto de luz maravilloso. Y poco después moría yo.

La noche, mi esposa, se puso de luto riguroso. Fué la primera viuda.

Encendió infinitas estrellas en el altar del Universo, en mi memoria.

Desde la nada, donde volví, seguí viendo mi vida retratada en la de los míos.

El primer día se enjuga una lágrima.

—¡Vaya!—le animo—, ¡no se nuble usted ahora! ¡Tengo entendido que fué usted muy hermoso!...

—¡Uno, en su modestia, lo que buenamente puede!...

—Siga usted con su historia.

—Sea. Mi viuda había quedado embarazada.

—¡Hola!

—Sí, señor; aunque viejo, era un día de primavera.

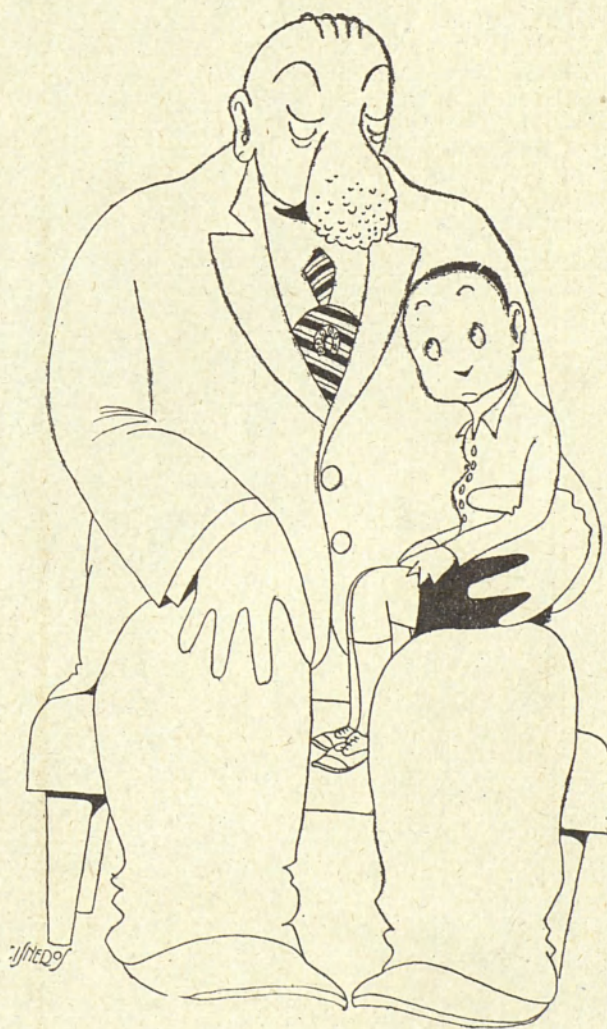
—¡Ah!...

—Dió a luz un robusto día, pero la pobre murió a consecuencia del parto. Fué fiel a mi recuerdo.

Mi pobre hijo fué un desgraciado.

Se enamoró de otra noche y se casó con ella en otro atardecer precioso.

Pero la esposa le salió voluble y huyó de él. Mi hijo la persiguió, corriendo tras ella sin cesar. Desde en-



—Papá, cuando yo sea mayor, ¿tendré las narices como tú?

—Si eres bueno, sí.

Dib. CISNEROS, Madrid,

tonces, la Tierra presencia su carrera loca, inacabable e inalterable, en un clarooscuro de asombro.

Cuando el día pasa corriendo, la Tierra toda se estremece y trabaja para no disgustar a su seriedad de hombre.

A veces, mi hijo llora de pena o de rabia, y los hombres se ponen impermeables o sacan paraguas.

—O no sacan ninguna de las dos cosas.

—Y se ponen hechos una verdadera lástima, sí, señor.

Otras veces suda de cansancio el día.

—Mi hijo es viejo, y hay ocasiones en que al mesarse, desesperado, la barba canosa, deja caer copos de su blanco pelo. En estos casos, los hombres patinan o comen pavo.

Mi hijo tiene ratos de mal humor. Días grises. O abriga la esperanza de alcanzar a la infiel, porque es más largo (en verano), y entonces la gente dice:

«¡Hace un día hermoso!»

Y el día se azora y se esconde en nubes de algodón. Y los hombres —¡ingratos!— dicen:

«¡Se ha puesto un día asqueroso!»
La noche, desde luego, es bastante ligera de cascos.

**OROCREMA
ALMENDRAS**

EL JABÓN POPULAR
ENBELLECE LA PIEL



—¿Qué te gusta más, el fútbol o los toros?

—¡Hombre, los toros!

—Pues, chico, perdóname que te diga que tienes el mismo gusto que las vacas.

Dib. FONT. Madrid.

El día tiene un foco de vitalidad: el Sol.

La noche tiene un espejo: la Luna. Un espejo de luna (¡qué lfo!).

El Sol es orgulloso.

La Luna, coqueta.

El Sol es siempre redondo, salvo en los días de eclipse parcial, que es como si le hubiesen arrancado de un mordisco un trozo de su sandía de luz.

La Luna se recorta, adelgaza, engorda, hace que se va y viene otra vez. ¡En fin: un caso típico de feminidad!

La noche, con su Luna, sigue huyendo. Mi hijo, el día, con su Sol, continúa corriendo tras ella, en un afán de venganza o de recuperación. Yo creo que ya se les ha olvidado por qué se persiguen.

—¿Y usted cree que no se cansarán algún día de correr?

—Si ese momento llegase, se encontrarán y dejarán a la Tierra sumida en un color grisáceo cinematográfico que le irá muy bien, haciendo juego con el mar y las peñas de los montes.

—Yo creo que ya corren por inercia.

—¿Qué?

—Inercia.

—¡Ah!

—Sin voluntad.

—¡Claro, claro!... Los dos ponen «Tierra» por medio.

Nos reímos del chiste, que es muy malo, y en vista de eso me da un cigarro.

El no fuma.

No se fumaba en su época.

En cambio, su hijo fuma a todas horas tremendas chimeneas de fábricas.

Me despido.

—Adiós.

Me acompaña.

—Que vuelva usted. Ha tomado posesión de su casa.

—Un día volveré definitivamente a la nada y hablaremos tranquilamente.

Mi sonrisa es una mueca triste.

—Adiós.

Me alejo calle abajo. Anochece. Miro al cielo. El día y la noche siguen su eterno circuito persecutorio.

Se me ocurre una idea. Para correr alrededor de un planeta sin caerse, debían ir a Saturno. Allí tienen una autopista natural en los anillos.

La noche se presenta hermosa. ¡Qué «firt»! ¡Pobre día! ¡Voy a traicionarle!

ALFREDO MATILLA.



—Mira si mi voz será potente, que se me oye desde fuera del teatro.
—¡Ah, vamos! Ahora me explico por qué se sale la gente cuando empiezas a cantar

Dib. RAMIREZ. Madrid.

LOS SASTRES, LA CAVERNA, HAN DE ISLANDIA Y EL DESNUDISMO

Ustedes van a perdonar que por una sola vez tire de erudición.

Dice el refrán: «Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano.»

Dicen los sombrereros, sastres, ca-

miseros y demás angustiados ex proveedores en franca y veloz desnudición: Usted no perderá ni ganará, pero, anda, que nosotros, ¡regabar-dina!, el día que comemos caliente es

porque ha habido un circuito corto y está ardiendo la casa.

Dijo el filósofo: «Todo, viniendo de la Naturaleza, es bueno.»

Digo yo: He aquí un bello tema para fabricar un hermosísimo artículo.

Dice mi mujer sin dejarme respirar: ¡Sus y a él, hijo de mi alma!

Y, ahora, vuelvo a decir yo: ¿Ustedes, amadísimos lectores, no se han quedado alguna vez en lo que los latinos clásicos llamaban «cueritatis vivis» y los castellanos correctos decimos «pelota vil», bien en la acera de los pares de la calle de Alcalá, bien en la de los vendedores de gomas para el paraguas, de la atrafagada Puerta del Sol?

¿Eeeeh?... ¿Qué dicen?... ¿Que no?... Perfectamente. Muchas gracias.

¿Ustedes, por lo menos, no han vivido la aludida y plástica escena en un bosque de la provincia de Santander, sobre el airoso pedestal de una ingente roca cantábrica o cabe la rica ribera del caudaloso Tajo?

¿Tampoco? Muy agradecido.

Es decir, que, según síntomas, tengo el honor de hablar a un grupo de ciudadanos que ignoran toda la inefable delicia que supone dejarse varear el bosque de las pantorrillas por una alocada brisa matutina, así como el bodeleriano y económico deleite—salvo complicaciones pulmonares—que produce dormir sobre un montón de nieve, y demás atrayentes ceremonias desnudistas.

Lo veo y no lo creo, que dijo Cristóbal Colón, al contemplar suelo americano.

Teoría.

El desnudismo, doctrina construída sobre todas las citas que dejo consignadas un poco más arriba y algunas otras que no consigno por el momento responde a una incuestionable realidad. El hombre, animal pretensioso y ridículo, había llegado a creerse que con meter las pantorrillas dentro de unos tubos y con pagar la cuarta parte de la cédula que le corresponde había liquidado toda su encantadora animalidad.

¡Qué risa, Felisa! La Naturaleza sigue tirando de él. La caverna, precipitadamente abandonada por nuestros antepasados, lo llama con ímpetu de recaudador de contribuciones. Y es inútil que el hombre trate de despistar colándose en «Sakuska» y demás templos de la civilización prestada.



—Han sido sus ojos los que me han inspirado estos versos, señorita.

—Entonces, tendré que ir al oculista.

Dib. Fogués, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Tarde o temprano, la sugestión invencible del bosque—lar venturoso de antaño—terminará por devorarlo.

Como a don Heliodoro.

Mi experiencia con don Heliodoro.

Don Heliodoro se divertía lanzando truenos de risa cada vez que yo intentaba hacerle comprender este hondo problema de la atracción de la caverna, hasta que un día, harto de sus impertinentes groserías, le cominé:

—¿Quiere usted convencerse, idiota?

—Sí, señor.

—Pues vámonos a Jincio.

—A las tres.

—A las siete y media, que sale el correo de Santander.

Jincio es una de esas comarcas a las que de cuando en cuando llega un tío con la lengua fuera y llena de polvo, portador de un periódico bastante atrasado, generalmente de abril si el tío llega en octubre, y de febrero si el tío llega en mayo. Nadie sabe leer; así que el cartero, una vez que ha llegado al pueblo, tira el periódico a un barranco y se va a jugar al dominó.

Hay en Jincio una Naturaleza brava, fuerte, poderosa. Como la del Canadá francés. Como la de Ochoa.

Tan pronto como don Heliodoro y yo llegamos a Jincio, di comienzo a la maravillosa experiencia.

—Trasladémonos a aquel bosque de castaños.

—Como usted guste.

Penetramos en el bosque... ¡Qué

aire tan puro, qué olores tan gratos!...

—Parece como si hubieran pulverizado esto con ozonopino—suspiró don Heliodoro, comenzando a sentir la influencia poética del medio.

¡Y qué hermoso, también, el paisaje, todo fuerte y bravo como el Canadá francés, como el vasco Ochoa, con sus regimientos de castaños y sus tres mil seiscientos cuatro florecitas azules tan hábilmente colocadas por el suelo!...

—Oído, don Heliodoro, que vamos a empezar.

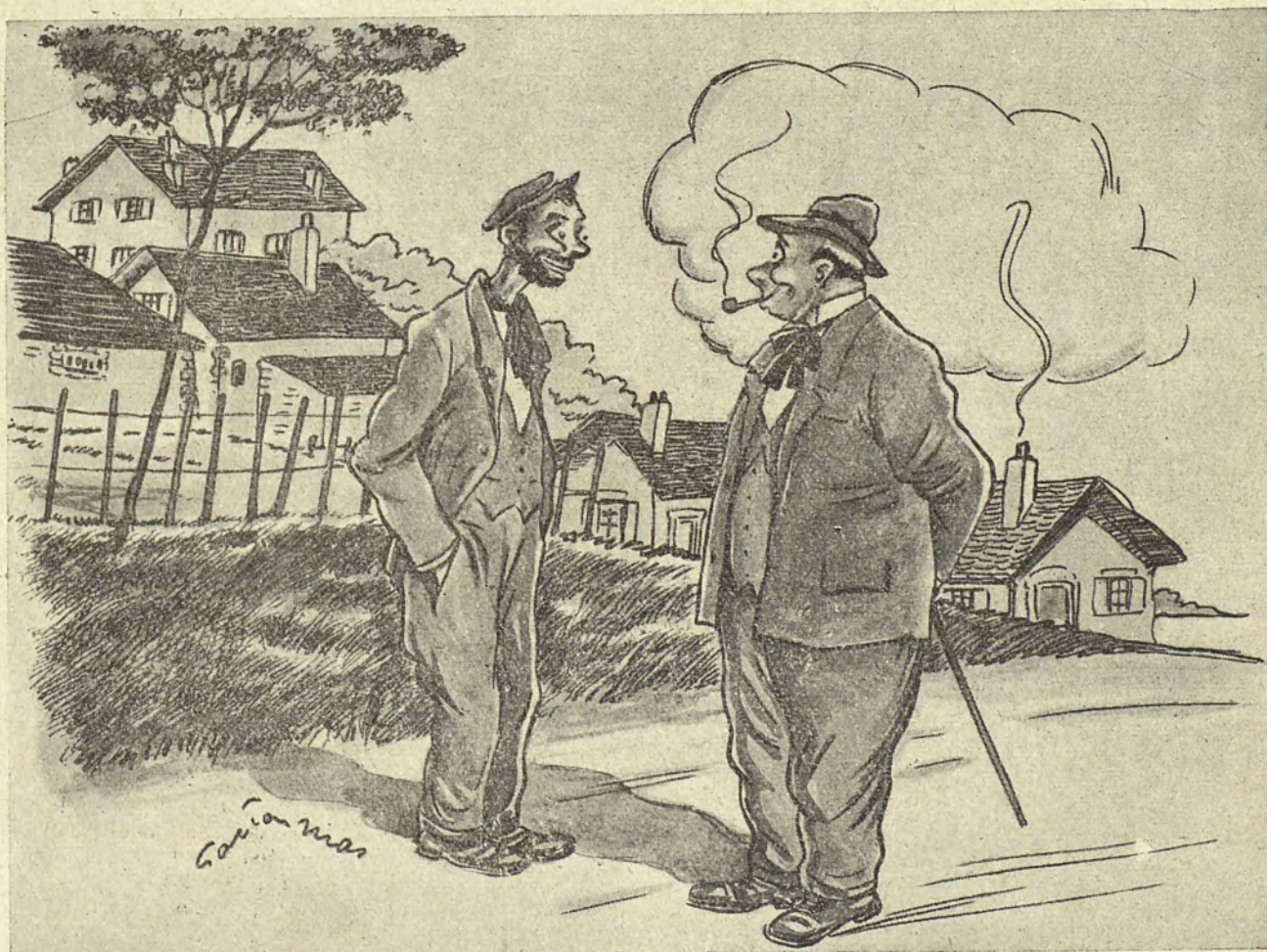
—Cuando usted quiera, querido.

—Quítese la americana, el chaleco y los pantalones. ¿Hecho?

—Hecho.

—Quítese la camisa, la camiseta, las botas y los calcetines. ¿Hecho?

—Hecho.



—¡Qué sol tan hermoso hace hoy!
—Esto no es nada. Verá usted el del domingo.

Dib. GASTÓN MÁS. París.

—Perfectamente, un poco de atención. Dígame, don Heliodoro. ¿Qué sensaciones, qué deseos, qué anhelos se han apoderado de usted al quedarse completamente desnudo?

—Hombre, así de pronto... las moscas, quizá...

—¡No es eso! Me refiero a cuáles son sus gustos, sus preferencias espirituales en este crítico instante de la desnudez total. Vamos a ver. ¿Le da usted de buena gana, tal como está, a contemplar la estacionaria idiotez de Douglas Fairbanks?

—¡No, señor!

—¿Le complacería asistir a un concierto de ocarina o a una sentida recitación poética?

—¡De ninguna manera!

—Ahondemos más. Cuando usted se ha despojado del último calcetín —fíjese en esto, que es muy importante—, ¿no ha sentido como si se evadiera de una cárcel sombría?... ¿No ha percibido usted como si una mano invisible hiciera ¡raaaaaj!..., ¡cruuuj!..., ¡cloc!, al descender un cerrojo gigantesco, y luego, ¡truc, tructruc!, al girar una cerradura mohosa, y después una puerta que se abre sobre un fondo de luz vivísima, y una voz que dijera «salga usted, desdichado; está usted en libertad!»?

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡SSiiiiii!... ¡Yo!... ¡Ah!... ¡Mi abuelo el gorila!...

Y don Heliodoro, al llegar a este punto de la experiencia, en vez de seguir contestando mis preguntas, se arqueó como un gato ante un altavoz, dió un salto poderoso, se colgó de una rama, luego de otra más alta, después de otra... Y lanzando aterradoros aullidos, empavorecedores rugidos, exclamó con la potencia de un orfeón integrado por quinientos Han de Islandia recién comidos: «¡Voy a cazar el reno!», y desapareció para siempre...

Noticia.

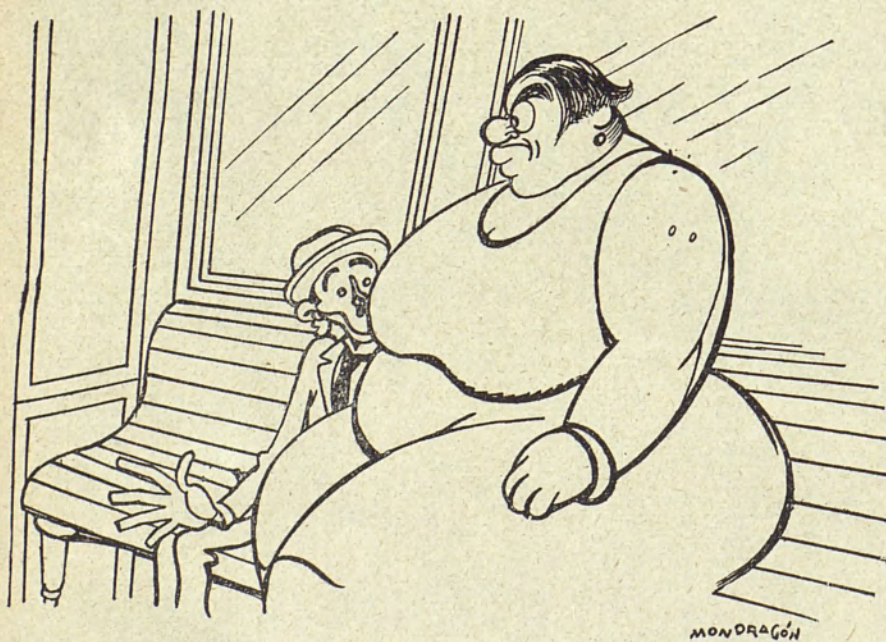
En Alemania, el desnudismo gana cada día cientos de prosélitos. La gente transita por las calles de Berlín sin otro atuendo indumental que una boquilla de madera y algunas condecoraciones de la gran guerra.

En Barcelona, el desnudismo cuenta con más adeptos que Maciá. Estos núcleos de ciudadanos sin rodilleras acampan en los alrededores de la capital y viven intensamente su espléndida existencia de estatuas sin cédula.

Apostilla.

Sospecho que las ciudades comienzan a estar de más.

L. PIELTAIN



MONDRAGÓN

—Por qué se ha detenido el tranvía?

—Por falta de energía.

—Anda: pues vé al conductor y ponte enérgico.

Dib. MONDRAGÓN, Barcelona.

ACCIDENTES CORRIENTES

Hoy leo en un telegrama que ayer, junto a una ciudad chocó un auto con un árbol... ignoro por qué (quizás por viejos resentimientos de entrambos), y, claro está, por desgracia, ha habido víctimas que lamento de verdad.

Hace días, un *chufero* (como llama al chófer Blas) se estrelló contra unas peñas (y contra su voluntad), resultando el pobrecillo, a causa de choque tal, con una pierna de menos y tres chichones de más, así como hace ya meses mi pobre amigo Aguilar, que en su auto rojo viajaba, desde Madrid a Alcalá, salió de otro choque horrible con la cabeza hecha un flan y partida en dos pedazos la columna vertebral.

Ya son mil casos, con éstos, los que se pueden citar de análogos accidentes, y reina pánico tal en los automovilistas, que han resuelto moderar sus ímpetus, y, a este efecto, en vez de electricidad, bencina o petróleo, piensan llevar enganchado un par de bueyes al automóvil para que tiren, y, a más del *chufero*, la bocina y el freno, piensan llevar dentro del coche cangrejos, por si hay que andar hacia atrás, y hasta algún tímido *sportman* no encontraría muy mal que, con los cangrejos, fuesen un doctor y un capellán, pues largarse al otro mundo con rapidez tan brutal, podrá ser de última moda, pero es una atrocidad; y otra, exponerse, aunque el golpe no sea un golpe mortal, a quedar descabalado por toda una eternidad. (Esto aparte, ¡cuánto siento no disponer de un Panhard para ir echando demonios a ciento por hora, o más!...)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

HORRORES DE LA RUSIA SOVIETICA Y ANTIESTETICA

EL TREMEBUNDO KASKATOFF

Demasiado saben mis queridos lectores que la vida en Rusia no se caracteriza por el optimismo sonriente ni por la abundancia de verbenas; ¡qué digo mis lectores!, eso lo saben hasta los que no saben Física ni Teología. Allí, el comunismo ha puesto las cosas de tal manera, y a la gente de tan mal humor, que, con decir que allí no se vende BUEN HUMOR, está dicho todo.

En virtud de tan anómala, a la par que estúpida situación, hay un ambiente revolucionario que se masca y hasta se deglute; y el que más y el que menos cree que sirve al régimen poniéndose bruto y metiendo miedo a los demás. Y como cada quisque se empeña en meter miedo al otro quisque que pasa por su lado, el lío que hay en Rusia actualmente resulta que es un lío que mete miedo también.

¡Cómo ha de extrañarnos, por lo tanto, que el hombre terrorífico sea en Rusia un tipo tan corriente como lo es en España el vendedor ambulante de corbatas de a peseta o el comprador transeúnte de las mismas corbatas de a diez perras gordas!... ¡Es forzoso y tiene que suceder!... ¡En Rusia, y sobre todo en Moscou, el que no goza fama de hombre terrorífico, está perdido rotundamente!... El comunismo logró triunfar, gracias a esa clase de bestias; y gracias a ellos se mantiene hoy, como yo me mantengo gracias al cocido que por clasificación me corresponde.

Sin embargo, ha habido revolucionarios bolcheviques de más destacada altura entre esos tipos de hombres aterradores a que nos venimos refiriendo; y muy singularmente los que por exagerar su sovietismo han acabado de mala manera en la horca, o delante de un pelotón de soldados rojos fusiladores, por orden de la autoridad competente y sin tener en cuenta si el tiempo no lo impide o si lo impide.

Uno de estos desgraciados ha sido Boris Kaskatoff, cuya historia es el objeto principal de este luminoso estudio literario.

Kaskatoff, allá en los tiempos en que comenzó el régimen del Soviet y de las patatas guisadas sin intervención de carne alguna (que ambas

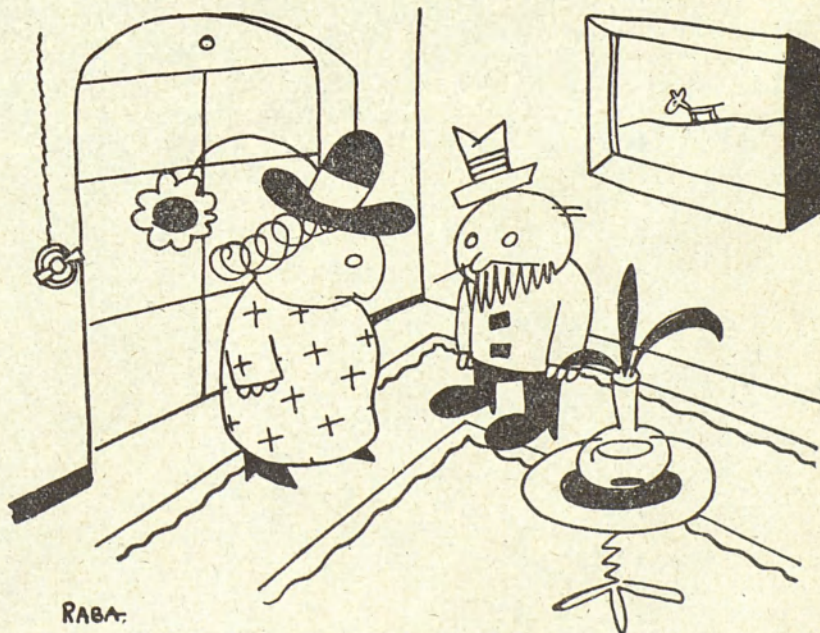
cosas fueron coincidentes, por desgracia); Kaskatoff, repetimos, empezó a distinguirse por ser un conspirador terrible, un ateo indecoroso y aborrecido, un comunista de los más indecentes en materia de amor libre, un ácrata sempiterno y veloz, un agitador de masas con procedimientos repugnantes, y, en fin, un blasfemo furibundo que asustaba a los niños y a algunos militares sin graduación de los que no habían ido a la guerra todavía.

En los principios de la revolución comunista, Kaskatoff fué el terror de Moscou, sin que la gente acertase a explicarse por qué razón había acabado por convertirse en horrendo bolchevique un hombre que en sus tiernas mocedades fué un pollo aplicado y serio, cuya letra redondilla asombraba a sus profesores y cuya enorme memoria para las lecciones de Gramática (¡con lo difícil que es la Gramática rusa, señores!) le valió una disparatada cantidad de premios escolares y de palmaditas cariñosas en los omoplatos.

Pero, ¡ay!, desde que a los quince años salió del colegio, y pasó de alumno aprovechado a ser obrero consciente, el tremendo «gachón» empezó por asustar a su cariñosa familia, porque se operó en su carácter un cambio tan feísimo y tan radical, se volvió tan taciturno, tan silencioso y tan flatulento, que todos pronosticaron que aquello no podía acabar más que de una manera estentórea y antipoliciaca.

Quizás fueron lecturas protervas; tal vez consejos villanos de descamisados compañeros; pudiera ser que anhelos angustiosos de imitar a Bakounine o a Trotsky... El caso es que aquel chico, que parecía destinado a tenedor de libros o a taquillero de cine, se transformó en el horripilante comunista que ha meditado y perpetrado más crímenes en este inundo planeta.

Desde luego, en sus comienzos de obrerismo, escogió un oficio que no tenemos más remedio que calificar de siniestro, ya que, en su afán de catástrofes, pidió una plaza, que había



—No hay más remedio que despedir a la cocinera. ¡Qué mujer más cruel! ¡Ha pegado al perro porque ha mordido el perro!!

Dib. RABA. Madrid.

vacante, de bombero; y la obtuvo en determinado parque que no importa gran cosa a nuestra historia.

La historia susodicha nos asegura que ser bombero Kaskatoff y empezar a menudear en Moscou los incendios formidables, fué cosa de brevísimos días, pero nadie cayó en tan descomunal y espeluznante coincidencia. Al contrario, los testigos de tales incendios aseguraban que Kaskatoff, en su oficio, fué el número uno, pues era el que llegaba antes a los lugares de riesgo más atroz, y el que no vacilaba en meterse entre las llamas, con absoluto desprecio de sus costillas, para salvar a una viuda reumática, a un usurero obeso o a un perro flaco.

Lo cierto es que, fuese o no fuese completamente idóneo como bombero, fué como comunista un indiscutible tigre sanguinario y pestilente, y mató más que Belmonte, aunque seguramente por mucho menos dinero que el inolvidable terremoto de Triana.

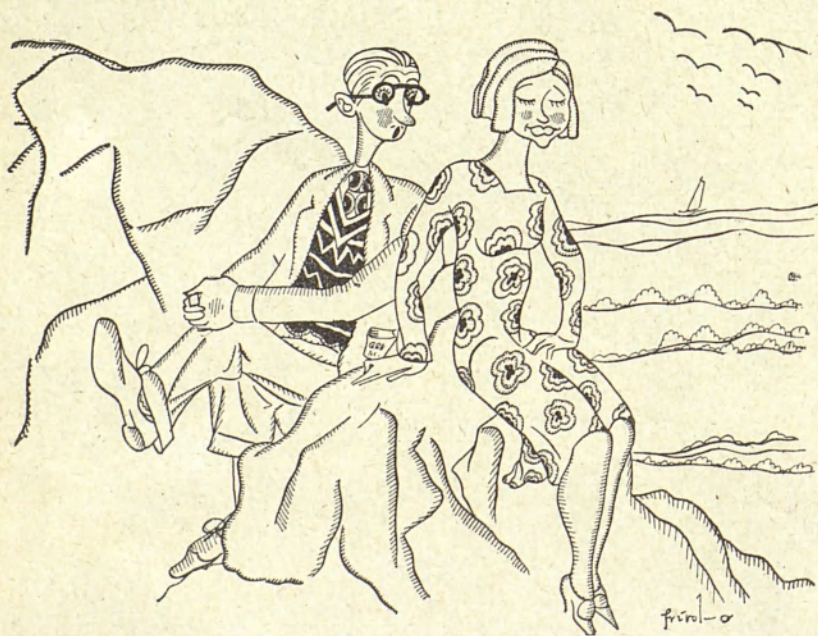
Lo malo fué que, aunque sirvió al comunismo con toda la brutalidad de que era capaz, llegó un día en que quiso hacerse anarquista y luchar contra Stalin. ¡Y lo que pasa: fué preso, juzgado y condenado, como reo político, a un leve fusilamiento, a pesar de sus protestas y de sus insultos al Tribunal!...



—Para vuestra libertad es conveniente que su mujer lllore en el acto de la vista.

—¿Quiere usted que lllore? Dígame que me van a absolver.

Dib. URDA. Barcelona.



—¿Luego usted no sabe aún qué es amar?

—¡Oh!, sí. ¡Ya lo creo! Presente de infinitivo del verbo amar, perteneciente a la primera conjugación, por terminar en *ar*.

Dib. FRÍVOLO. Zaragoza.

Llegó el fatal instante de la ejecución, y Kaskatoff fué conducido ante el cuadro de la tropa, encargada de dejarle sin respiración.

El antiguo bombero, con un gesto de desprecio, se negó a que le vendasen los ojos y puso una faz zarzueleramente heroica ante las bocas de los fusiles.

Y entonces, el capitán del piquete, con innoble crueldad, gritó:

—¡Fuego!!...

¿Y qué dirán ustedes que sucedió?...

Pues que Kaskatoff, al oír aquel grito, echó a correr con tan impetuosa velocidad, que, cuando llegaron las balas adonde él estaba antes, ya no estaba él ahora...

El hombre había corrido a apagar el incendio que él creía que le anunciaba el grito del capitán.

Todavía no ha vuelto.

De lo cual, y por humanidad, nos alegramos lo que ustedes no tienen idea.

ERNESTO POLO.



El que está en el suelo.—Pues señor... Ahora estoy K-D., pronto estaré K.-O. y luego R. I. P...

Dib SAMA. Madrid.

LAS MEDIAS

Se detuvo frente a un comercio, más para resguardarse de los rayos del sol canicular, bajo la amplia cortina, que con idea de examinar la mercancía expuesta en el escaparate. Sopló, resopló, y comenzó a darse aire, valiéndose del sombrero de paja; porque don Centeno era uno de los treinta y siete señores que todavía lo usaban. Y antes de decidirse a proseguir el camino abrasador, hundió su mirada en las sombras del escaparate como en un oasis acogedor y placentero.

Medias por doquier. En el fondo del escaparate, colgantes de barras niqueladas; en las paredes, sujetas por medio de cintas; en la base, extendidas y desinfladas, dobladas y en pilas; y en el centro, ceñidas a un par de falsas pantorrillas. Medias, a 2,90; a 5; a 6,50; a 7,50; a 10; a 12,50; a 15; a 17,50 y a 20 pesetas el par. Medias de todas clases y colores.

Don Centeno contempló con admiración la liviandad y el precio de todas ellas y sintió envidia del afortunado dueño del establecimiento. «Se le rifarán las vicetiples—pensó—. Con lo caras que cuestan». Se refe-

ría a las medias, naturalmente. El, por desgracia, lo sabía bien, aunque su mujer no era de las que más destruían, gracias a su ordenado sistema de clases, con relación a horas y días. Días laborables, por las mañanas; medias de cinco pesetas. Días festivos, mañanas o tardes, de visitas y de cumpleaños: medias de 10 pesetas.

En cambio, la nena—¡monísima, eso sí!—era una destrozona de marca mayor. Para ella todos los días eran de fiesta. Al revés que para don Centeno.

Sintió deseos de entrar en el establecimiento y hacer algunas compras. Consultó su cartera y rompió nuevamente a sudar. Sentía sus mejillas enrojecidas ahora por el rubor. Pensó que no era apropiada ocupación de caballero la de comprar medias. Quedárase tal menester más bien para las mujeres. Se encasquetó el sombrero y echó a andar. Pero en seguida se detuvo. El recuerdo de la nena—¡monísima, eso sí!—le paralizaba. Era un diablillo, una tiranuela. Debía pensarlo bien. Y en ningún sitio mejor que bajo la amplia cor-

tina. Allí se cobijó nuevamente. Suspiró. Acababa de ser vencido. Y entró en el establecimiento.

Al día siguiente, don Centeno mostraba a su enjútisima esposa un flamante y finísimo par de medias.

—Estas puedes reservarlas para las grandes solemnidades—indicó él.

—Cierto—dijo ella—. Son magníficas. Pero, por el mismo dinero, has debido comprar dos pares, en vez de uno.

Horas después, la ahorrativa señora de don Centeno se aventuraba a solicitar el cambio del magnífico par de medias, regalo del esposo, por otros dos pares de mediana calidad.

Su asombro fué inenarrable cuando el dependiente le explicó:

—Sí, señora. Yo mismo fuí quien le despaché. Pero tengo la seguridad de que le vendí dos pares y no uno, como usted afirma.

Queridos lectores: No puedo continuar escribiendo. Acabo de sorprender en muchos ojos, y en no menos bocas, llamas diminutas de picardía y frívolas sonrisas que muestran, bien a las claras, que pretendéis estar de vuelta de esta ligera narración.

Así, pues, dadla por terminada. En cambio, a vosotras, gentiles lectoras, os ruego encarecidamente que me acompañéis hasta el final.

Días después don Centeno hizo entrega a su hija de un magnífico par de medias igual al regalado a la esposa.

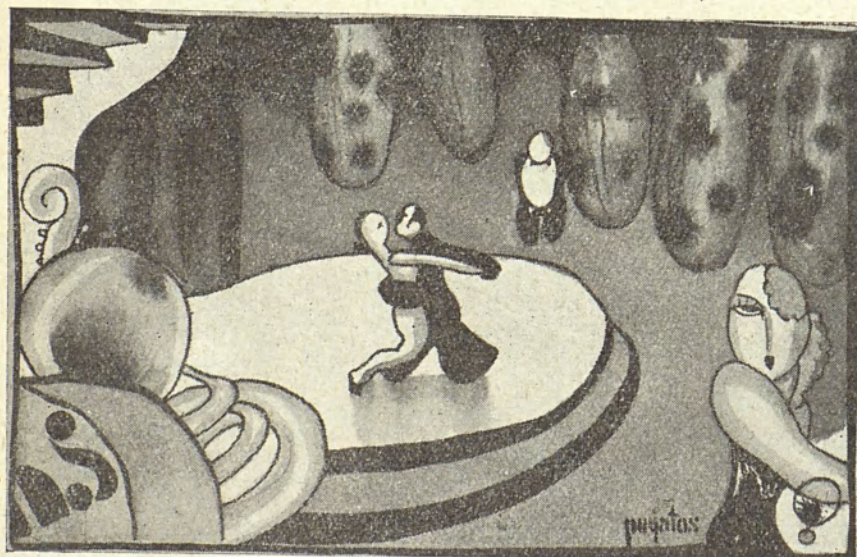
—¿Cuándo las has comprado? —preguntó, con recelo, la señora.

—El mismo día que las tuyas—explicó don Centeno—. Pero como faltaban pocos días para el santo de la nena, se me ocurrió guardarlas en el arca de caudales.

¡Gracias, lectoras!

PABLO TORREMOCHA.

Dib. POYATOS. Madrid.



—He leído que hay una enfermedad que se cura con coñac.

—¡Caramba! ¿Y cómo se adquiere?



Correspondencia muy particular



T. B. Q. (Salamanca).—Ha sido usted precipitado en el hondo cesto, por lo que le damos un pésame más hondo todavía, con la delicadeza y elegancia de modales que nos caracteriza desde nuestro feliz nacimiento y consiguiente bautizo.

J. B. S. (Sevilla).—¡Eres un pelmazo con incrustaciones de estupidez y adornos de anemia fosfórica!... ¡Que te vea el médico!... ¡Y que nosotros no te veamos más por aquí!...

V. L. M. (Madrid).—¡Qué chistoso y qué pillín, y, sobre todo, qué original es este escritor humorista!... ¡Pues no dice que a su cocinera le ha subido la falda el carnicero!... ¡Vamos, te daba así!...

C. A. M. (Cartagena).—Tiene usted menos agilidad mental que una sanguijuela, menos gracia que un ojo de gallo y peor ortografía que una mecánografa aficionada al charleston.

Zapico (Pamplona).—No reúne las condiciones necesarias, aunque en obsequio de usted haremos constar que no es una tontería categórica.

Ele (Canarias).—Ilustre canario cantarín: dispense usted que, con una franqueza rudísima, le digamos que «La cita amorosa» es como para hacerse el loco y no acudir a ella de ninguna manera.

E. P. L. (Toledo).—No nos place su composición otoñal. Nos ha dejado más fríos que si fuese de invierno.

Chulapón (Colmenar de Oreja).

Son una desolación los versos de Chulapón. ¡¡Mi abuela, qué malos son!!

Q. Ela (Badajoz).—Por desgracia para usted, no cuela, amigo Q. Ela.

D. J. G. (Cuenca).—A su artículo le sucede lo contrario que a la Virgen María, a la cual, como usted sabe, se la saluda con la frase aquella de «¡llena eres de gracia!...»

P. M. T. (Zaragoza).—¡Eso es mucho más viejo que doña Raquel Meller, dicho sea con perdón de doña Raquel y de usted!

V. R. L. (Barcelona).

No son días oportunos, para aludir a los hunos ni momentos pertinentes, diciendo que eran valientes.

Además, que no es verdad. Los hunos eran «hunos» sinvergüenzas, con permiso de usted y sin permiso del deplorable maestro de escuela que le ha inculcado a usted la idea contraria.

U. G. M. (Madrid).—¿Nos jura usted, por su salud, o por la salud de quien le parezca mejor, que no es usted un imbécil?... Díganos la verdad, y le juramos nosotros que le creemos en seguida, aunque nos diga lo contrario de lo que nos ha parecido al leer su estruendosa crónica festiva.

E. S. P. (Valladolid).—¡Es tremendo de estúpido! ¡Menos mal que es corto! ¡Porque si hubiese sido largo, a estas fechas habríamos fallecido todos de hidrofobia villana!

El ohurrero (Madrid).—En efecto, ha hecho usted honor a su profesión, porque nos ha mandado un succulento churro al que, a pesar de lo bien que le ha salido, no hay manera de meterle el diente.

C. D. C. (Santander).—Su artículo nos ha resultado a ratos cerdo, a ratos pavo, a ratos ganso y a ratos pata (pero que muy mala pata). Y con estos variados merecimientos ya se habrá usted calado la durísima sanción que le espera.

Orosio (Puerto de Santa María).—Por cualquier lado que se le mire, es usted un hotentote gigantesco.

T. B. C. (Bilbao).—Le hemos admitido a usted un dibujo. ¡Qué alegría más bestial! ¿Verdad?

R. G. O. (Vitoria).—Eso vale bastante menos que un décimo del sorteo pasado que tenemos en nuestro poder, porque el Destino y el Bombo se han puesto de acuerdo para que no salga agraciado. ¡Qué es lo que le pasa a su artículo: no ha salido tampoco!

Quico (Alcoy).

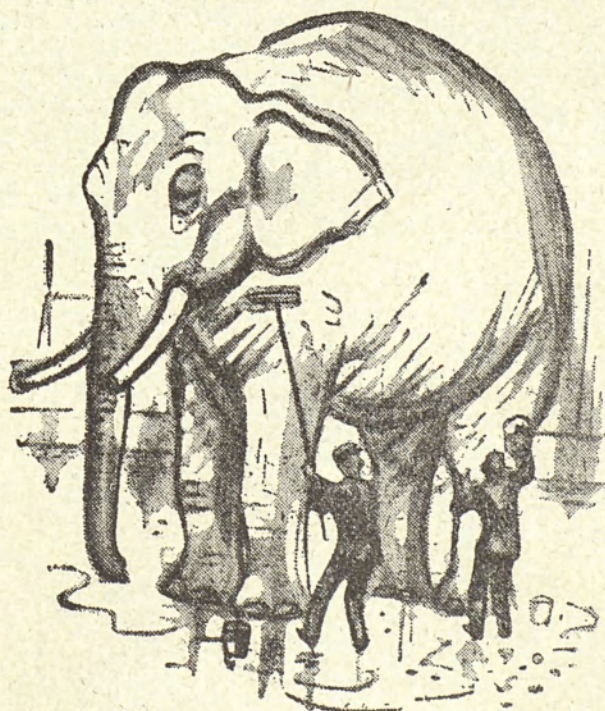
¡Eres un borrico, Quico! ¡Y qué clase de borrico!

De lo mejor y más acabado que se nos ha metido por las puertas, sin calcular que las puertas de nuestra casa están hechas solamente para que pasen por ellas las personas racionales.

G. V. (Pamplona).—Aceptamos uno. Los señores Garrido y Fuente agradecen mucho sus afectuosos saludos.

Bibiano (Ciudad Real).—Tenemos el triste deber de advertirle a usted que «Las desdichas de Regúlez» no interesarían ni a una noble hermana de la Caridad, que, como usted sabe, se interesan por todas las desdichas. Y eso que su artículo es una desdicha de las más mayúsculas que hemos conocido.

J. P. A. (Valencia).—¿Imitaciones de lo que aquí estamos ya hartos de hacer?... ¡¡Preferimos el inmundo y alevoso veneno de los Borgias!...



—Bueno, dejaremos la trompa y las orejas para la semana que viene.

(De Cándide.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condicion indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa-ra el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

ENTRE REPUBLICANOS

—¿Ya no tenéis a Maria a vuestro servicio?

—No. Como hay que estar a tono con el régimen, nosotros también hemos efectuado el cambio de la vandera.

Suñeresoj (Madrid).

El niño.—¿Cuál es el animal más armado?

El otro.—Pues... las gallinas, porque tienen muchos cañones».

Chispolet (Bilbao).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

El juez.—Ha sido usted arrestado quince veces por robo. ¿No puede usted dejar ese vicio?

El acusado.—¡Es mi único medio de vida!

Benito (Soria).

PIPOPO

—¡Adiós, morena! ¡Tiene usted más pestañas que las ruedas de una locomotora!

Jesús Marcén.—Madrid

Un amigo ve a otro de sus compañeros preocupado, y le pregunta:

—¿Qué tienes, que estás tan triste?

—Nada, hombre: que tengo a mi hijo parado y no sé qué carrera darle, aunque es inútil de las piernas.

—Pues bien: enséñale a choffer, que anda montado y aprende corriendo.

A. Pérez.—Sta. Cruz Tenerife.

—¿Cuál es el colmo de un cacharrero?

—¿...?

—Pegar a sus hijos para que le hagan pucheros.

Pinocho.—Madrid.

—¿En qué se parece una lechería a una tienda de ultramarinos?

—En que la lechería tiene vacas y la tienda baca... laa.

Juanduarte y Estebangómez

—Chico, te advierto que esta noche he dormido al sereno.

—¿...?

—Pues que he tenido un éxito, porque toda la noche he estado oyendo palmas.

Alejandro Salcedo.

COSAS DE CIRUGIA

—¿Quieres decirme quién ve más, si un tuerto o uno que tenga la vista natural?

—¡...!

—El tuerto, porque los que tienen la vista natural no le ven más que un ojo, y él les ve dos.

Teduar.—Madrid.

Casa de las PANTALLAS

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene **Romero**.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

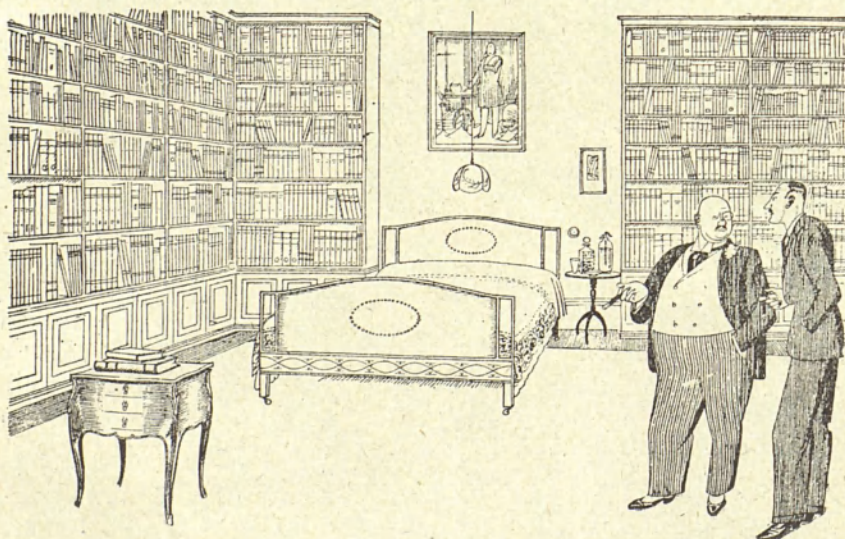
La señora (al abogado): —Quiero saber si tengo motivo para el divorcio.

El abogado: —¿Es usted casada, señora?

La señora: —Sí, ciertamente.

El abogado: —¡Pues ya los tiene usted!

Thomas Gunn.—Essex (Inglaterra).



—¿Es que duerme usted en la biblioteca?

—No; es que leo en la alcoba...

(De The Passing Show.)



—¿Y dice usted que ese tocino está bien curado? ¡Caramba, pues yo creo que ha sufrido una recaída!

(De Everybody's.)

EL MIOPE

De miopía padece don Alejo Estevarena; quien le ve, le compadece y le causa mucha pena.

No da su brazo a torcer, es asombro de las gentes; nunca se quiso poner, para ver, gafas ni lentes.

Infinitos tropezones se da en la calle y en casa, y al exponer sus razones, por lo regular, fracasa.

Mas dió un tropezón un día en plena Puerta del Sol, y se vió que le pedía mil perdones a un farol.

León Cembrano.—Madrid.

El padre.—¿Quiere usted mucho a mi hija?

El novio.—¿Quererla? Me tiraría desde la torre de la catedral por ella, moriría por ella, sería su esclavo y me arrojaría al fuego por salvarla...

El padre.—¡Muy bien! Pero no puedo consentir en el matrimonio, porque yo soy bastante embustero y basta con uno en la familia.

José Carrión (Madrid).

Un automovilista, que ha matado a una gallina, se acerca al dueño de ella y le dice:

—Tome usted cinco pesetas

por la gallina que le he matado.

—Deme usted diez pesetas, porque el gallo estaba muy enamorado de ella, y a lo mejor este golpe lo mata también.

Pérez Oso.—Stratford-on-Avon (Inglaterra).

EN EXAMEN

El catedrático (al alumno): —Si usted, como médico, visitara un hospital de locas y viera a una que tenía la manía de picar, ¿qué la recetaría usted?

El alumno: —Nada...; porque siendo de...menta, no podría evitar que picara.

Esteban Gómez.—Madrid.

Negaba un ladrón ante el Tribunal haber cometido un robo, y le dijo el juez:

—Es inútil que usted lo niegue. Le puedo presentar seis testigos que lo presenciaron.

—Y yo, señor juez, le podría presentar seis mil que no lo presenciaron.

Alejandro Núñez.—Madrid.

Entre agrarios:

—No te quepa la menor duda que la Agricultura, a pesar de estar tan adelantada, tiene todavía sus secretos.

—Y tanto que los tiene, pues

to que todavía no he podido yo descubrir la planta que produce las «hojas» de afeitarse.

Suñer.—Madrid.

DURANTE LA SEMANA TRÁGICA DE MEJICO

Amigo 1.º: —Oye, ¿a que no sabes cuál es la ciudad más limpia del mundo?

Amigo 2.º: —¿...?

Amigo 1.º: —Pues Méjico.

Amigo 2.º: —No veo la razón.

Amigo 1.º: —Pues porque todos los días «se limpian la ropa».

K. K. B. LO IV.—Bilbao-sur-Mer.

En una esquina hay un mendigo cantando y tocando la guitarra. Se le acerca un caballero para darle una limosna, y le dice:

—¡Caramba! ¿Pues no era usted mudo antes...?

—Sí, señor; pero la moda me ha obligado a ser sonoro.

Navaquel.—Barcelona.

CONFESANDO A UN GITANO

El cura: —Bueno, hijo; ahora, en penitencia, dime el Misterio de la Encarnación.

El gitano: —¡Ay! Yo no sé nada. A mí no me meta en líos.

El cura: —Pero si eso lo sabe todo el mundo.

El gitano: —¡Poz menúo misterio!

Kan-dela-Rhio.—Burgos.

Una infeliz mujer encontró a su esposo tendido en la acera y beodo como una cuba.

—A este paso, pronto irás a la cárcel—exclamó furiosa.

A lo que contestó el borracho con mucha calma:

—A este paso... no voy a ninguna parte.

Licenciado San Román.

ENTRE PUEBLERINOS

—Las fuerzas vivas de la ciudad han acordado, en junta general, elevar sus conclusiones al Poder.

—¿Y cómo las van a elevar?

—En globo.

—Pues yo creí que ese señor Poder no vivía tan alto.

M. P. L.—Madrid.

ENTENDIDO...

—¿Tiene usted perras, don Segundo?

—La última se me murió el mes pasado.

—Digo que si tiene usted cuartos.

—El último lo alquilé ayer.

—No quiero decir eso.

—Ni yo lo otro.

Juanduarte y Estebangómez. Madrid.

ENTRE PENADOS EN OCAÑA

—¿Pero cómo fuistes tan «panoli» que te dejastes prender?

—No ves que yo huf de Madrid y allí dejé el «Rastron».

Alejandro Salcedo.—Madrid.

Una señora se encuentra con una niña y la pregunta:

—¿Quién fué la que estuvo mala, tú o tu hermana?

La niña: —La que se murió fué mi hermana, pero la que estuvo más grave fui yo.

Angel Fernández.—Torrelavega.



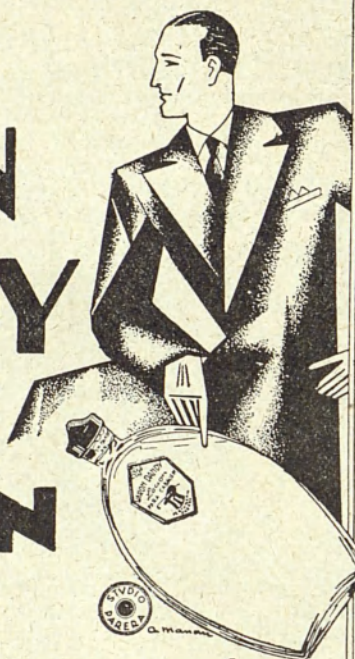
—¿Sabe usted lo que es el alza?

—Sí, señor. Soy carnicero.

(De Le Rire.)

**Perfumería
Parena**
BADALONA

VARON DANDY LOCIÓN



UN PERFUME ES UNA ILUSIÓN

En cambio

"VARON DANDY"

Perfume para Caballero

ES UNA REALIDAD

Una realidad, porque su fragancia de hombre mundano
atrae poderosamente los corazones femeninos.

CUPON

Correspondiente al núm. 512 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



—Otto, ¿por qué te pones el sombrero de esa manera tan ridícula?...

(De Lustig y Sachse.)

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La cana desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

BARCELONA

**HOTEL
BEAUSEJOUR**

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios
Pensión desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

**PENSION
FRASCATI**

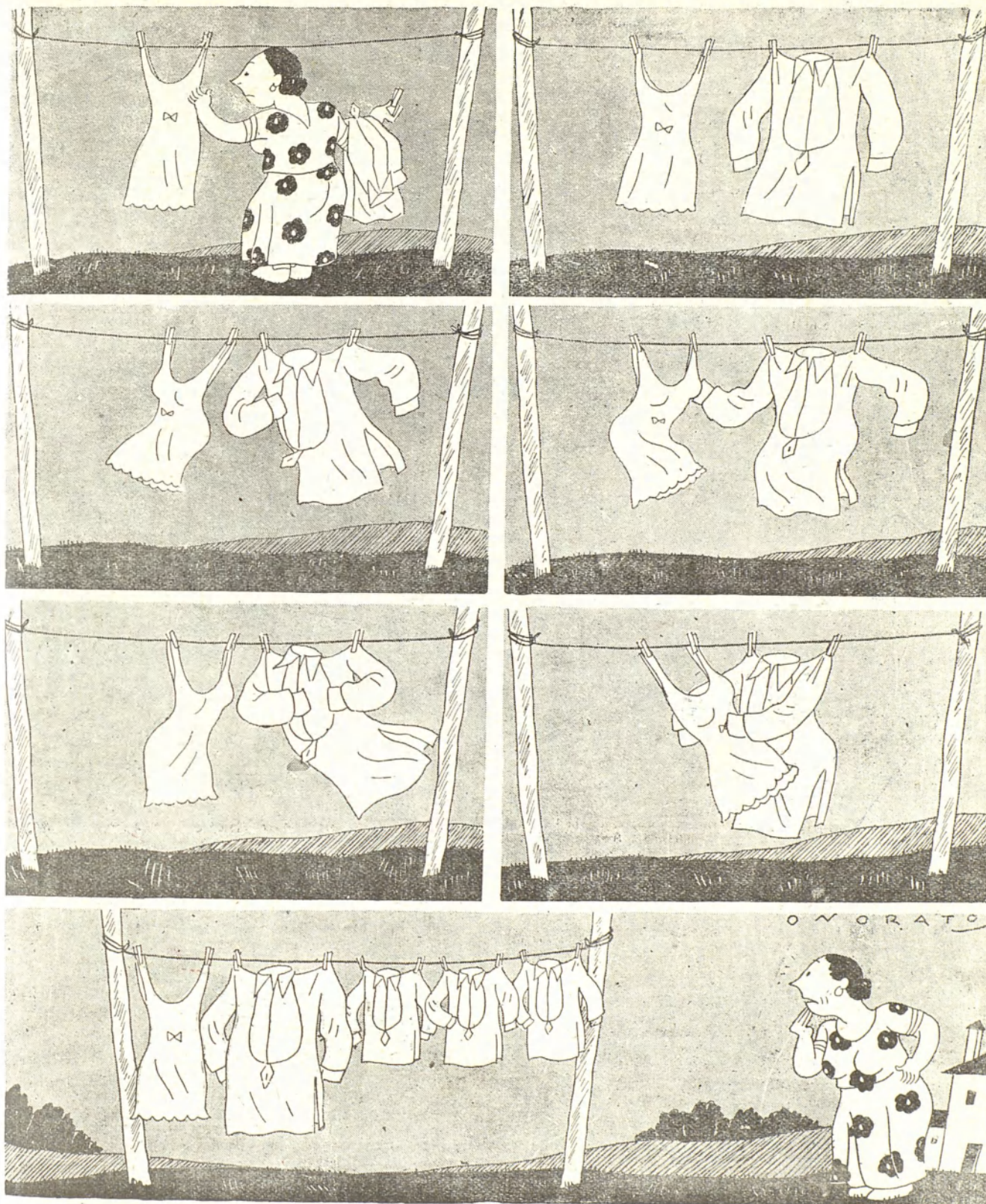
Cortes. 647
Teléfono 11642

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Baños, ascensor, Pensión desde Ptas. 12'50. Cubiertos Ptas. 3'50.



—¿Cómo te has hecho ese arañazo en la cara, Jorge?

—Al despedirme de uno de los empleados de la oficina, me arañé con la pluma que tenía detrás de la oreja...



IDILIO OTOÑAL

(De *Il Travaso delle Idee.*)

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—¿Y usted no ha querido a otras mujeres antes que a mí?
—Sí; he amado a unas por su belleza, a otras por su talento, a otras por su dulzura..
A usted por nada de eso: a usted únicamente por amor...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BOSCH. Barcelona.